

Thomas Paine

Derechos del hombre

Respuesta al ataque realizado por el
Sr. Burke contra la Revolución Francesa

Traducción, introducción, cronología
y notas de Fernando Santos Fontenla



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Rights of Man*

Primera edición: 1984

Tercera edición: 2022

Diseño de colección: Estrada Design

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Ilustración de cubierta: Alegoría de la Libertad incluida en *The History of Progress in Great Britain* (1866).

© AGE fotostock

Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© de la traducción, introducción, cronología y notas: Herederos de Fernando Santos Fontenla

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1984, 2022

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1148-068-0

Depósito legal: M. 23.387-2022

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 9 Introducción, de Fernando Santos Fontela
- 25 Cronología
- 37 Principales obras de Tom Paine
- 39 Bibliografía
- 45 Nota a la presente edición

Derechos del hombre

- 49 Primera parte
 - 53 Prefacio a la edición inglesa
 - 57 Prefacio a la edición francesa
 - 61 Derechos del hombre
 - 158 Observaciones sobre la Declaración de Derechos
 - 162 Capítulo de miscelánea
 - 194 Conclusión
- 205 Segunda parte
 - 207 A M. de La Fayette
 - 209 Prefacio
 - 217 Introducción
 - 222 1. De la sociedad y la civilización
 - 229 2. Del origen de los actuales gobiernos antiguos
 - 233 3. De los sistemas antiguo y nuevo de gobierno
 - 252 4. De las constituciones

Índice

- 285 5. Medios para mejorar la condición de Europa
intercalados con observaciones misceláneas
- 371 Apéndice
- 377 Notas

Introducción

*Mi patria es el mundo;
mi religión, hacer el bien*

En su testamento, Tom Paine menciona sólo cinco de sus obras, una de las cuales es *Derechos del hombre*. Es lógico que lo hiciera, pues se trata, como ha señalado Parrington, de «la elaboración más completa del pensamiento político de Paine»¹ y probablemente de su obra más influyente, junto con *Sentido común*. Además, no se limita, como esta última obra, a una sola causa, la de la independencia de los Estados Unidos, sino que mediante la comparación a tres bandas entre la Inglaterra de Jorge III, la Revolución Francesa y los recién independizados Estados Unidos, llega a abarcar la causa de la humanidad toda.

Concebida inicialmente como respuesta al violento ataque lanzado por Edmund Burke contra la Revolución en sus *Reflexiones sobre la Revolución en Francia*, la obra se va ampliando cada vez más hasta componer toda una teoría de gobierno. Su éxito fue instantáneo, tanto en Inglaterra como en los recién nacidos Estados Unidos y en traducciones al francés y a otros idiomas. Algunos estudiosos han lle-

gado a calcular que sólo en 1792 y 1793 se vendieron más de un millón de ejemplares, casi siempre a precios muy baratos. El estilo directo y franco de Paine lo hacía inmediatamente asequible al público a quien él se dirigía, el de los trabajadores (*artisans* en muchas de las obras de la época), el de los desposeídos y los oprimidos. De ahí que, como dice G. D. H. Cole, *Derechos del hombre* se convirtiese en «la Biblia de los pobres, porque fue la primera obra de la literatura política en inglés que defendía la causa de las gentes del común desde el punto de vista de la propia gente del común»². En una era de grandes escritores revolucionarios, Paine se destaca como uno de los mayores propagandistas y agitadores en pro de la libertad y de la redistribución de la riqueza.

El uso de este lenguaje facilita la difusión de la obra. Burke llena su obra de citas en francés, en latín, en alemán, porque se dirige a sabiendas a un público de sus pares. Paine, que también sabe perfectamente a quién se dirige, raras veces escribe una frase que no sea en inglés, y cuando hace una cita en francés, se apresura a traducirla entre paréntesis³. Burke se refiere a quienes ahora llamaríamos las masas con el despectivo término de «la multitud porcina» y defiende la inmutabilidad de los derechos adquiridos. Paine considera que la autoridad del pueblo es la única que puede dar legitimidad a un gobierno en cualquier país, y se dirige a ese pueblo de igual a igual. Su pluma apasionada va destruyendo mitos y exponiendo a la luz del día lo que muchos sabían, pero no se atrevían a denunciar.

Pero, evidentemente, no se trata sólo de una cuestión de estilo. Paine escribe en unos momentos en los que la Revolución Francesa tiene muchos partidarios entre las masas inglesas y los «ilustrados», mientras que la aristocracia y sus

aliados la detestan y más adelante la combatirán por todos los medios. A partir de su defensa de la Revolución, Tom Paine va montando un ataque devastador contra el sistema inglés de la época, desde la Corte y la Monarquía hasta el régimen fiscal y el Parlamento de los «burgos podridos».

Tanto llegaron a temer a Paine los poderosos que más tarde lo procesarían en Inglaterra y lo harían condenar en rebeldía por la publicación del «libelo sedicioso» *Derechos del hombre*, e incluso llegaron a encargarse al oscuro periodista Chalmers que preparase una biografía difamatoria para desacreditarlo⁴. Es curioso pensar que Chalmers ha pasado a la historia con el seudónimo de Oldys, que adoptó para esa obra, y no por sus otros escritos. Paine no llegó a ir a la cárcel por hallarse en Francia cuando llegó la orden de detención.

La Inglaterra de Jorge III era el paradigma del Antiguo Régimen. El sistema de representación era una burla siniestra, con las elecciones por «burgos podridos»: el pueblo natal de Paine, Thetford, sólo tenía 32 electores y enviaba dos miembros al Parlamento; la aldea de Old Sarum (que menciona Paine), con sólo tres casas, también tenía dos miembros en el Parlamento, y Mánchester, con 60.000 habitantes, no tenía representación parlamentaria. Y eso no era sino el comienzo de una larga lista de lacras. Los contrastes del lujo de unos pocos y la miseria de millones eran apabullantes. Y esos contrastes no se veían aliviados, sino realzados, por el régimen fiscal. Los impuestos eran sobre todo indirectos, y recaían en especial sobre los artículos de consumo de los sectores más pobres, como el carbón, la cerveza y el pan, o se establecían por puertas y ventanas. Esta cuestión de los impuestos, que es uno de los temas recurrentes en *Derechos del hombre*, obsesionaba a Paine, buen

conocedor del tema por haber sido agente de aduanas y consumos. En cambio, no existía impuesto sobre la renta, que no se estableció hasta 1799, para atender a los gastos de la guerra con Francia, y eso para quedar abolido en 1816⁵. En relación con la pobreza general, señala otro autor: «Si se estudia la obra de cualquier historiador inglés que escriba una historia general del siglo XVIII, inmediatamente se encuentra uno inmerso en una preocupación general y necesaria por la pobreza abyecta e implacable del pequeño campesino, o por la miseria pestilente y mortífera de los pobres de las ciudades»⁶. El sistema de mayorazgos (denunciado también por Paine), la liquidación de las tierras de comunes y de propios por el sistema de *enclosures* (el vallado de todas las tierras), el caos laboral creado por los inicios de la Revolución Industrial, la urbanización acelerada y la explosión demográfica⁷ crean situaciones de horrible hacinamiento e indefensión. Las libertades formales también son una caricatura. A John Wilkes, el gran defensor de la libertad de expresión y protopopulista, se le persigue y se lo expulsa reiteradamente del Parlamento, pese a salir reelegido una vez tras otra⁸, por «libelo sedicioso». Lo mismo le ocurre al propio Paine, primero por su folleto sobre la condición de los agentes de consumos y después por estos mismos *Derechos del hombre*.

Si una obra destinada en principio a no ser más que la refutación de Burke y sus *Reflexiones* pasa a adquirir dimensión universal es precisamente por la universalidad de esas circunstancias del Antiguo Régimen (lo que Paine califica de «gobiernos antiguos»), que impedía a un autor como Paine circunscribirse al terreno de una polémica limitada. Esto no impide que sus ataques a Burke sean despiadados: lo acusa de recibir de la Corte una pensión secreta (acusa-

ción confirmada más adelante), dice que Burke no se considera un loco, aunque otros piensen lo contrario, lo califica de teatral, desmiente sus afirmaciones con lo que han visto sus propios ojos, etc. Pero la pluma de Paine no se agota con la demolición de Burke y de sus argumentos, conforme a los cuales «el cambio no estaba justificado más que si, mediante la adaptación a la evolución de las circunstancias, reforzaba la estructura social existente»⁹.

Paine va mucho más allá, sobre todo en la Parte II, e introduce una serie de conceptos totalmente revolucionarios, como su sistema de seguridad social, primero concebido en el mundo occidental, y el impuesto progresivo para los ricos y negativo para los pobres. Llega a introducir el concepto de los *derechos económicos del hombre*. Crea nada menos que un plan de redistribución de la riqueza, y Paine emplea efectivamente el término de «redistribución». Resulta irónico que uno de los primeros sistemas de Seguridad Social en Occidente lo fuera a implantar un personaje tan diferente como Bismarck, casi un siglo después. Y habría de pasar casi medio siglo más para que la Seguridad Social se fuera generalizando en las sociedades capitalistas.

Pero Paine no era socialista. Difícilmente podía serlo en tiempos en que ni había aparecido el término¹⁰. Había ideas de comunismo utópico, como las de Mably o Morelly, o levantamientos socializantes, como el de los «iguales» de Babeuf, pero todavía estaba demasiado reciente la Revolución Industrial como para generar una ideología socialista plena. Mas sí llegó a bordear las fronteras del socialismo con sus planes de redistribución y su criterio, sobre todo en *Justicia agraria*, de que «una parte de toda forma de riqueza debería considerarse esencialmente como producto social»¹¹.

Ahora bien, no por no ser socialista dejaba Paine de ser un revolucionario. Lo que ha dado permanencia a su obra es su planteamiento de «la posibilidad de un cambio total»¹², la modernidad de sus ideas, su forma de expresarse y su visión de los derechos innatos de todo ser humano, como por ejemplo su insistencia en que la previsión social no es cuestión de caridad, sino de derecho. Sería ahistórico y ucrónico no atribuir carácter revolucionario sino a lo que es ahora revolucionario. Es –ha sido revolucionario– todo lo que plantea ese cambio total, aunque ahora, una vez efectuada ya parte de ese cambio, lo que se propugne haya de ser diferente por la fuerza. Por eso no cabe contemplar los acontecimientos de hace dos siglos con los criterios con que el siglo xx encara el futuro, sino que es necesario hacerlo siempre en el contexto. La Guerra de Independencia de los Estados Unidos no es menos revolucionaria por no haber subvertido básicamente el sistema de propiedad; es revolucionaria por ser la primera derrota del colonialismo en los tiempos modernos.

Lo que ocurrió después ya es otra cosa. Y lo mismo cabe decir de la Revolución Francesa, aunque ésta sí procediera a desamortizaciones y nacionalizaciones. De ahí la necesidad de subrayar «el carácter pasado de lo pasado, a fin de evitar la lectura de definiciones decimonónicas o del siglo XX del radicalismo en el radicalismo del siglo XVIII»¹³. El hecho es que la influencia radicalizadora de Paine, el gran polemista, el gran optimista, el gran racionalista, continúa viva en Inglaterra durante mucho tiempo, y las tiradas de *Derechos del hombre* siguen multiplicándose a lo largo del siglo XIX y continúan en nuestros días.

Más cerca del mundo de habla hispana, en 1953 observaba Fidel Castro en el juicio por el asalto al cuartel de Mon-

cada: «Thomas Paine decía que “un hombre justo es más digno de respeto que un rufián coronado”»¹⁴.

Pero ¿quién era este hombre, este revolucionario, panflelista, agitador, demoleedor de sistemas y precursor de otros? Los juicios son encontrados y contradictorios. J. H. Tooke, el filósofo y político radical inglés contemporáneo suyo, decía de él que era «un caballero que, criado en la oscuridad, ha demostrado ser el escritor político más grande del mundo, y ha armado más ruido en esto y provocado más atención y obtenido más fama que nadie antes que él»¹⁵. El día de la muerte de Paine, Jacob Frank publicó una nota necrológica según la cual «este distinguido filántropo» dedicó su vida «a la causa de la humanidad... [y] si jamás ha existido alguien cuyo recuerdo deba perdurar en el corazón de todo hombre es el del fallecido, pues

¡Busquemos donde busquemos
Jamás encontraremos quien lo iguale!».

Y al día siguiente, Cheetham, uno de sus más encarnizados enemigos en los Estados Unidos, escribía, por contra: «No conocí su época, pero vivió mucho tiempo, hizo algún bien y mucho daño»¹⁶.

El caso es que éste, para unos santo de la libertad y para otros encarnación luciferina del ateísmo y la destrucción, dejó por toda herencia material unos títulos por valor de 1.500 dólares y la finca de 110 ha que le había regalado la Asamblea de Nueva York¹⁷. Eso es lo que le habían aportado materialmente sus 35 años al servicio de la Revolución, sus centenares de artículos y sus libros, vendidos por millones de ejemplares, pero cuyos beneficios él solía regalar a la causa.

En muchos aspectos, Tom Paine era, y continúa siendo, un personaje enigmático. Al salir de Inglaterra en 1774, con 37 años cumplidos, no había escrito para la imprenta más que su exposición sobre los agentes de consumos (apenas doce páginas en la edición de Foner). Y, sin embargo, en cuanto llega a las colonias norteamericanas comienza una furiosa producción literaria que va a representar, en los treinta y cuatro años siguientes, un total de 400 títulos entre libros, folletos, artículos, cartas y memoriales, con un total de más de 2.000 páginas, como ya hemos dicho. Parece como si el pisar un país en estado prerrevolucionario diera rienda suelta a una mente trabada en su expresión por todas las cortapisas del Antiguo Régimen que tanto detestaba. Así parecería abonarlo el dato adicional de que la producción más importante de Paine se realiza en sólo veinte años, del *Sentido común* (1776) hasta *Justicia agraria* (1796). Es decir, en la situación revolucionaria de la Guerra de Independencia norteamericana, en la tentativa revolucionaria en Inglaterra y en la Francia de la Revolución. La reacción de Thermidor y el Directorio¹⁸ parecen apagar al gran polemista, pese a que permanece en Francia. Sus publicaciones a partir de esa época tienen mucha menos importancia. Y a su regreso a los Estados Unidos unos años después (1802) tampoco recupera el fuego y la visión que le habían hecho componer sus grandes requisitorias. Los Estados Unidos ya no eran territorio revolucionario, sino un país que se asentaba, que «estaba volviendo la espalda a su propia gloria y avanzando a grandes pasos por la vía retrógrada del olvido»¹⁹, como dice el mismo Paine en su *Cartas a los ciudadanos de los Estados Unidos* (1802-1805), último intento notable de volver a elevar su otrora poderosa voz. Conway cita al Dr. W. Francis, el autor en 1858 de un libro de remi-

niscencias sobre el antiguo Nueva York, en el sentido de que «por lo general, cuando Paine escribía, era motivado por alguna gran ocasión»²⁰. Y aunque el presidente Thomas Jefferson era su amigo, aunque el propio Paine era objeto de ataques furibundos y generalizados por su defensa del deísmo en *La edad de la razón*, no se daban ocasiones lo bastante grandes como para motivarlo hasta sus niveles de antaño. Paine, indica Conway, vivía en Nueva York como un Prometeo, y sin atraer ya más atención que la pasiva de los ataques desencadenados contra él, que llegaban incluso a brindis como «Que jamás conozcan el placer los amigos de Paine*»²¹, en la época que Conway califica de «Inquisición norteamericana». Pero, como es lógico, aquellos frenéticos ataques contra Paine, tachado falsamente de ateo, tenían también unos motivos prácticos: combatir el igualitarismo que él había propugnado en *Derechos del hombre* y en *Justicia agraria*.

Hay otros aspectos de la vida de Paine que plantean interrogantes y que cada uno interpreta a su manera. Uno de ellos es el de su vida sexual. Como se ve en la cronología, Paine contrajo su primer matrimonio muy joven, a los 22 años, pero quedó viudo a los 23, en 1760. Después esperó once años hasta casarse con su segunda mujer, Elizabeth Ollive, la huérfana de su antiguo casero. Tampoco este matrimonio duró mucho. El 4 de junio de 1774 –dos meses después de su segunda expulsión del Cuerpo de Aduanas y Consumos– Paine y su esposa se separaron amigablemente, conforme a un acuerdo concertado ante el reverendo James Castiey²². Hay indicios de que el matrimonio nunca se consumó, pero no datos tajantes. Lo que sí se sabe es que al se-

* Juego de palabras evidente entre *pain* ('dolor') y *Paine*, la persona.

parar los bienes gananciales, Paine sólo se llevó 35 libras esterlinas. Y asimismo está demostrado que, pese a las insinuaciones de malos tratos de «Oldys», tanto Paine como su esposa siempre hablaron bien el uno del otro. Paine le enviaba periódicamente algún dinero, y ella, por su parte, «siempre se negó a hablar de [la separación], y más tarde, si alguien criticaba a Paine en su presencia, se levantaba y se marchaba»²³. Cuando murió Elizabeth, un año antes que Tom, su nota necrológica señalaba que el hablar mal de su exmarido sería algo «innecesario, poco generoso e injustificable»²⁴. Y no hay más datos sobre la vida sentimental de Paine. Ni sus amigos ni sus enemigos la mencionan para nada en toda su vida. Hay una sola excepción, y es que algunos plumíferos, oficiales u oficiosos, atribuyen la paternidad de los hijos de Mme. de Bonneville, su generosa anfitriona en París y más tarde ama de llaves en los Estados Unidos, a Tom Paine. Pero la verdad es que cuando Paine fue a vivir con los Bonneville tenía casi 60 años, extraña edad para iniciar una vida de amores clandestinos y empezar a tener hijos, al cabo de tanto tiempo de celibato. Además, cuando Cheetham lanzó ese infundio, Mme. de Bonneville lo demandó por libelo y ganó el pleito.

Lo que parece raro es que Paine fue célibe la mayor parte de su vida. El motivo se ignora. Fue a la tumba con él, igual que la razón de su corta vida literaria.

Otro de los temas polémicos es el de su consumo de alcohol, en torno al cual se han gastado ríos de tinta. También en esto se muestran divididos sus biógrafos. Para sus enemigos, Paine fue un borrachín inveterado, lo cual les parece argumento para tratar de desacreditar sus escritos. En resumen, aducen: «Como Paine bebía demasiado, no dice la verdad al asegurar que el rey de Inglaterra cobra un millón de

libras al año, o que una quinta parte de la población vive de la mendicidad, etc.», razonamiento demagógico donde los haya. Pues lo cierto es que, bebiera mucho o no Tom Paine, el rey cobraba un millón y los mendigos eran numerosísimos, etc. En todo caso Oldys (aunque no en la primera edición), Cheetham y en menor medida Hawke, dedican un número exagerado de páginas al consumo de alcohol que hacía Paine. Cheetham, por ejemplo, escribió que «a esas borracheras solía seguir el desorden... [que]... engendraba una conmoción de las ideas... [lo que llevó a producir]... su despreciable obra sobre los *Derechos del hombre*»²⁵. Es el tipo de ataque *ad hominem* que jamás se detiene en la razón del argumento, sino en los supuestos defectos de quien lo expone. Por el contrario, otros autores ven en Tom Paine a un buen bebedor, como tantas personalidades de su época, sin mayor problema. Así lo hacen Rickman, Williamson y Conway. En todo caso, no se trata de un problema de gran importancia, salvo en la medida en que indica hasta qué extremos estaban decididos a llegar los enemigos de Paine y su igualitarismo con tal de desacreditar al hombre, y por ese medio a sus teorías.

Un aspecto controvertido más de la obra de Paine es su defensa de la creación del Banco de América. A muchos de sus contemporáneos y a muchos de sus biógrafos les extrañó ver que en relación con ese banco, inicialmente previsto para dar apoyo financiero a las tropas del general Washington, Paine se pusiera del lado de los acreedores, los ricos de las principales ciudades. Quizá sea eso lo que lleve a H. H. Clark a calificar a Paine como «el Conservador»²⁶, o al gran renovador de la historia de los Estados Unidos, William Appleman Williams, a calificarlo del «dinámico portavoz del presente estadounidense único» [en el sentido de

opuesto al cambio]²⁷. Pero parecen olvidar, de una parte, el odio inveterado que tenía Paine al papel moneda en todas sus formas (de ahí que, por ejemplo en *Derechos del hombre*, distinga entre «papel moneda» y «dinero»), así como que los artesanos y mecánicos de las ciudades, que eran las gentes a quienes se dirigía Paine sobre todo, eran partidarios del banco como medio de contener la inundación inflacionaria de papel moneda, que amenazaba con dejar sus salarios reducidos a la nada²⁸. A veces, como decía C. D. Warner, el colaborador de Mark Twain, «la política hace extraños compañeros de cama».

Podríamos seguir tratando de explicarnos las grandes y aparentes contradicciones y los misterios de la vida de Paine. Por ejemplo, ¿por qué no llegó nunca a dominar el francés hablado (aunque sí el escrito), cosa que tantos disgustos le costó en la Asamblea y después en la Convención? Pero creo que no se trata de eso. Como todo gran hombre –y muchos no tan grandes–, Paine no era un hombre unívoco, de una sola pieza. Así, este gran antimonárquico y gran republicano votó en contra de la muerte de Luis XVI, en parte por odio a la violencia evitable, y en parte por temor a que esa muerte provocase un enfrentamiento con los Estados Unidos en momentos críticos para Francia. De gran defensor de George Washington pasa a atacarlo furiosamente. El revolucionario apoya el golpe de Estado del Directorio. El gran defensor del pueblo llano olvida a veces a los indios y a los negros o cae en algunos (leves) clichés antisemitas (como ocurrió también con el propio Marx). El partidario de la abolición de todos los aspectos innecesarios del gobierno aborrecía la violencia y los disturbios.

Lo que sí resulta sintomático de Paine es que ninguna de sus contradicciones redundaba en su beneficio. Igual que fue

precursor en su internacionalismo revolucionario (en los Estados Unidos, en Inglaterra y en Francia), lo fue en no querer aprovecharse de los movimientos revolucionarios que impulsó o defendió. Mientras sus obras, vendidas por millones de ejemplares, impulsaban efectivamente las causas que defendían, el autor, tras ceder sus derechos a la causa, vivía a salto de mata, con deudas que lo obligaban a solicitar puestos subalternos para sobrevivir. Su defensa de la vida de Luis XVI le costó la cárcel y casi la vida durante el Terror*.

Al salir de la cárcel del Luxemburgo, airado por la indefensión en que lo han dejado sus amigos norteamericanos, Paine escribe su malhadada y enconada carta a George Washington, a quien considera culpable de aquélla. En realidad, el culpable de ella había sido Gouverneur Morris, enviado estadounidense a Francia, quien se había negado a mover un dedo por Tom Paine, aunque éste lo ignoraba. Su carta acaba de condenarlo ante los aristocratizantes federalistas, que desde la primera elección de Washington habían ido haciéndose con el poder y cuyos sucesores continuarían en él hasta nuestros días, con sólo breves interrupciones, y éstas sólo de forma.

* Un aparte sobre el Terror, cantilena favorita de los enemigos de la Revolución Francesa. Sin excusar ninguno de los excesos cometidos durante él, es imprescindible contemplarlo con un mínimo de perspectiva de lo que son las situaciones revolucionarias. Según calcula Godechot, se estima que el Terror produjo unos 35.000 muertos en una población de unos 26.000.000 de franceses. Esta cifra abarca la totalidad de los muertos, en plena guerra civil e internacional. Toda represión es lamentable, pero lo que se ha de tener en cuenta ante el coro de las cocodrilescas lamentaciones que recuerdan un poco la frase de «afortunadamente todos los muertos eran viajeros de tercera», es que ese porcentaje de muertes es inferior al de cualquiera de las grandes represiones –generalmente contrarrevolucionarias– de la Edad Moderna.

No es, efectivamente, Paine, profeta. Su enorme optimismo y fe en la humanidad le lleva a equivocarse a menudo. Tampoco es persona hecha para medrar. La *Carta a Washington* acaba de hundirlo en América. En Francia, pese a haber apoyado al Directorio en un principio, tanto éste como Napoleón lo relegan al olvido. Y así sucesivamente... Paine es un «hacedor de revoluciones», no un «beneficiario de la revolución». Los nombres de quienes han actuado así serían incontables: desde Toussaint l'Ouverture hasta Amílcar Cabral, pasando por Miranda, Bolívar, Garibaldi, Artigas, Zapata, San Martín, Dedan Kimathi... Quizá porque los auténticos revolucionarios a lo que menos aspiran es al propio beneficio.

Pero ¿qué queda en realidad de Tom Paine? Independientemente de chismorreos, hagiografías, condenas, ¿cuál es la herencia de aquel ciudadano del mundo?

No cabe duda de que su *Sentido común* fue el clarín que convocó a las masas de gentes del común de Norteamérica a la primera guerra anticolonial de la Era Moderna; de que sus *Crisis* fueron el segundo aldabonazo a la conciencia de aquel mismo pueblo para que continuara la resistencia a la potencia colonial; de que *La edad de la razón* fue una de las obras más polémicas del deísmo, con su negación del carácter divino de Cristo (sin llegar a negar totalmente su existencia, como hacía Voltaire) y su enorme difusión; de que *Justicia agraria*, sin llegar al comunismo utópico de Mably, casi llegó a una concepción socialista de la propiedad y de la renta de la tierra. Y asimismo, es indudable que sus *Derechos del hombre*, extendidos por todo el mundo occidental, figuran entre los más convincentes argumentos en pro de la República (si defendió a Luis XVI fue por motivos sobre todo humanitarios), en contra del Antiguo Régimen y en

pro, con una visión del futuro absolutamente única, de la seguridad social, la redistribución de la renta y la libertad.

* * *

«La tiranía, como el infierno, no es fácil de vencer», dijo, y «quienes esperan cosechar las bendiciones de la libertad deben, como hombres, soportar las fatigas de defenderla». Su vida y sus obra fueron vivos ejemplos de ello.

Fernando Santos Fontenla

Notas

1. V. L. Parrington: «Tom Paine: Republican Pamphleteer», en *Main Currents in American*, vol. I, 1954, pág. 340.
2. G. D. H. Cole: «Introducción» a la ed. de H. B. Bonner de *Derechos del hombre*, rev. en 1949, pág. VII.
3. D. F. Hawke: *Paine*, Nueva York, 1974, pág. 221.
4. Chalmers-Oldys: *The Life of Thomas Paine*, Londres, 1791.
5. E. J. Hobsbawm: *The Age of Revolution*, Londres, 1973, pág. 121.
6. R. Hobstadter: *America at 1750*, Nueva York, 1971, pág. 134.
7. J. Godechot: «Le Siècle des Lumières», en *Histoire Universelle*, París, 1958, págs. 280 a 286, y *Les Révolutions*, París, 1970, págs. 93 y 94.
8. Véase G. F. E. Rudé: *Wilkes and Liberty*, Londres, 1962; A. Williamson: *Wilkes*, Londres, 1974.
9. H. Collins: «Introducción» a Paine, *Rights of Man*, Aylesbury, 1969, pág. 31.
10. Véase G. D. H. Cole: *Historia del Pensamiento Socialista. I. Los Precursores*, México, 1964, 3.^a ed. Introducción.
11. G. D. H. Cole: *ibid.*, pág. 40.
12. E. Foner: *Tom Paine and Revolutionary America*, Nueva York, 1976, página xix.

13. E. Foner: *loc. cit.*
14. F. Castro: *La historia me absolverá*, ed. Siglo XXI, México, 1975, pág. 86.
15. Citado por A. Williamson: *Thomas Paine. His Life, Work and Times*, Londres, 1973, pág. 157.
16. D. F. Hawke: *op. cit.*, págs. 399 y 400.
17. Testamento reproducido en P. S. Foner (comp.): *The Complete Writings of Thomas Paine*, Nueva York, 1945, vol. II, págs. 1498 a 1501.
18. Véase G. Lefebvre: *La France sous le Directoire (1795-1799)* (ed. de J. R. Suratteau y A. Soboul), París, 1977, *passim*.
19. T. Paine: *To the Citizens of the United States*, Carta N.º I; en Foner (comp.), *op. cit.*, vol. II, pág. 910.
20. M. D. Conway: *The Life of Thomas Paine* (ed. facsímil). Nueva York, 1970, pág. 299.
21. *Ibid.*, pág. 283.
22. *Ibid.*, págs. 13 y 14; Williamson: *Thomas Paine...* págs. 48 a 59; Hawke: *op. cit.*, págs. 19 a 21.
23. Información adquirida por Gilbert Vale, biógrafo de Paine (1841), directamente de un aprendiz de relojero que vivió mucho tiempo con ella y su hermano y confirmada por otros residentes de Cranbrook, donde vivían. Citada por A. Williamson en *Thomas Paine...* págs. 52 y 53.
24. A. Williamson: *Thomas Paine...*, *loc. cit.*
25. Citado en A. Williamson: *Thomas Paine...*, pág. 277.
26. H. H. Clark (comp.): *Six New Letters of Thomas Paine*, Madison, Wis., 1939, Introducción.
27. W. A. Williams: *America Confronts a Revolutionary World*, Nueva York, 1976, pág. 57.
28. Véase al respecto P. S. Foner, observaciones a *Dissertations on Government; The Affairs of the Bank; and Paper Money*, en P. S. Foner (comp.): *Complete Writings of Thomas Paine*, vol. II, págs. 367 y 368.

Cronología

Se trata en este breve apunte cronológico de dar los datos biográficos principales de Tom Paine, con algunas indicaciones de hechos contemporáneos en el mundo político, literario y científico, con especial incapié en las zonas en que habitó, en un leve esbozo de periodización.

- 1737 (20-1) Nace Thomas Paine en Thetford, Norfolk, hijo de Joseph Pain, corsetero cuáquero, y Frances Cocke, anglicana, hija de un abogado local.
- 1743 Comienza a asistir a la escuela local. Se inicia su afición al estudio de las ciencias y la literatura, pero es muy mal alumno de latín.
- 1750 Sale de la escuela y empieza a trabajar de aprendiz en el taller de su padre.
- 1753 Se escapa de casa para enrolarse en el corsario *Terrible*, al mando del ominosamente nombrado capitán Death («Muerte»). Su padre lo convence para que vuelva a casa. Se inician los conflictos del rey de Francia con el Parlamento.
- 1756 Al iniciarse la Guerra de los Siete Años, Paine vuelve a escapar al mar y se enrola en el corsario *King of Prussia*, al mando del capitán Méndes. Se ignora la duración de su